

deportacion, y se abstuvieron de votar 16 miembros.

No espondremos de nuevo la lista de los nombres con los votos que pronunciaron. Sin embargo, merece citarse algunos de ellos por su importancia. Tales son los nombres venerados de *Lamoignon d'Aguesseau*, de *Seze*, de *Seguier*; los nombres infeudados á todas las glorias del imperio, llevados por hombres que sabian lo que habia sido el glorioso soldado á quien enviaban á morir por balas francesas, el conde *Serrurier*, el duque de *Valmy*, el duque de *Bellune*, el conde de *Castellane*, el conde de *Lauriston*, el general *Monnier*, el conde *Dupont*, el almirante *Gantheaume*; el conde de *Tascher*, el conde de *Beauharnais* y el vizconde de *Chateaubriand*.

Los cinco miembros que se abstuvieron, fueron el duque de *Choiseul*, el conde de *Santa Susana*, el marqués de *Aligre*, el conde de *Brigode* y el conde *Teodoro de Nicolás*.

Los 17 miembros que votaron la deportacion, fueron los duques de *Broglie* y de *Montmorency*; los condes *Berthollet*, de *Chasseloup-Laubat*, *Cholet*, *Colaud*, de *Fontanes*, de *Gouvion*, *Herwyn*; *Klein*, *Lanjuinais*, *Lemercier*, *Leonir-Laroche*, de *Maleville*, *Porcher de Richebourg*, *Curial*, de *Lally-Tollendal*.

M. de Fontanes, el solemne discursista de la universidad imperial, bonapartista entusiasta en otro tiempo, y á la sazón realista ferviente, siempre ambicioso y tímido, tuvo valor para votar la deportacion. ¿Quién se lo dió? Tal vez el general Collard, que en el momento en que los pares iban á retirarse á la cámara del Consejo, le dijo al oído: «No voteis la muerte y dormireis mas tranquilo.»

El 6, fue cuando la Cámara de los Pares dió esta sentencia deplorable. Algunas horas despues, se presentaba en la prision del general el secretario archivero de la cámara á notificarle la sentencia. Tres dias despues, fue trasladado Ney de la cárcel de la Conserjería á un aposento del palacio de Luxemburgo.

Cuando pidió M. Cauchy que se le introdujera cerca del preso, dormia este en un profundo sueño. Ney no tuvo dificultad en comprender, por la actitud de M. Cauchy, la naturaleza del mensaje de que era portador. Entonces se mostró en toda su integridad el soldado; no se trataba ya para él de una de esas situaciones complejas, delicadas, que requieren penetracion y sutileza de juicio, fino tacto y carácter; veíase ya en presencia de una pérdida inevitable, situacion neta y sencilla, para la cual no era necesario mas que corazón tranquilo y ojo intrépido. Creyóse en presencia de un reducto, en el momento en que va á partir la señal del asalto. Así pues, escuchó la fórmula preliminar de la sentencia, tranquilo y sonriéndose. Como M. Cauchy leyera la larga enumeracion de los títulos y dignidades del condenado:—«Pasad, pasad eso, dijo el general; decid sencillamente Miguel Ney, y en breve un poco de polvo.»

Aquí cedemos otra vez la palabra á M. Aquiles de Vaulabelle. Su narracion de los últimos momentos de Ney, puede considerarse como un modelo. Verdad, sobriedad, rapidez, sencillez magistral, emo-

cion sincera y contenida, todas las cualidades del historiador se encuentran en esta hermosa página, al lado de la cual palidecen singularmente los relatos presuntuosos de los historiadores poetas, á pesar de los colores y de las metáforas con que tratan de embellecerlos.

«El general preguntó, antes de ir á la muerte, si podria abrazar á su mujer y á sus hijos. La respuesta fue afirmativa. «¿A qué hora será mañana? preguntó con indefinible sonrisa.—A las nueve, señor general.—Bien, replicó Ney; en tal caso, haced avisar á la generala para las cinco y media. Pero yo espero, añadió, que nadie se permitirá participarle mi condena; yo me reservo decírsela. ¿Puedo ahora quedarme solo?» M. Cauchy hizo una reverencia y salió. El general se arrojó en su lecho donde volvió á dormirse profundamente.

»En la mañana del 7 de diciembre, á las cinco y media de la mañana, fue despertado por la llegada de la generala, á quien acompañaban sus cuatro hijos y su hermana Mad. Gamot. La generala, al entrar en el cuarto de su marido, cayó sin conocimiento; levantóse, y despues de un prolongado desmayo, prorumpió en llanto y en sollozos. Mad. Gamot, de rodillas ante su cuñado, no se hallaba en estado menos deplorable. Los cuatro hijos del general, el mayor de los cuales apenas contaba doce años, contemplaban sombríos y silenciosos á su padre. Este los puso en sus rodillas, les habló por largo tiempo en voz baja, y despues, queriendo poner término á esta escena desgarradora, dijo á media voz á Mad. Gamot, pero de modo que lo oyera la generala, que esta «tendria tal vez tiempo para ver al rey.» La generala cogió ávidamente esta frase, que no tenia mas objeto que alejarla de allí, y arrojándose en los brazos de Ney, le estrechó largo tiempo y se apresuró á correr á las Tullerías.

»No bien quedó solo con sus guardias, escribió Ney algunas disposiciones. Los encargados de vigilarle, aunque vestidos con el uniforme de gendarmes y de soldados de la nueva guardia, pertenecian á las antiguas bandas del Oeste ó del Mediodia, ó á los diferentes cuerpos de la casa del rey. Uno de ellos, cuyos modales y lenguaje contrastaban con el traje con que se hallaba vestido, se acercó á Ney:—«Señor general, le dijo, en vuestro lugar, pensaria ahora en Dios, y enviaria á buscar al cura de San Sulpicio.» Ney miró al guardia y dijo:—«Bien, envidad á buscarle.»

»A las ocho, fueron á avisarle, y contestó que se hallaba dispuesto. Llevaba luto por su suegro; iba vestido con una casaca azul, calzon y medias de seda negra, y un sombrero redondo en la cabeza. Bajó las escaleras entre dos filas de soldados que se prolongaban hasta la entrada del jardín, donde le esperaban el cura de San Sulpicio y un carruaje. En el momento de subir, dijo al sacerdote, cediéndole el paso:—«¡Subid primero, señor cura, yo llegaré antes que vos arriba!» El carruaje se puso en marcha, cruzó el jardín de Luxemburgo, entró en la grande alameda del Observatorio y se detuvo á mitad de camino, entre este edificio y la verja del jardín. Abrien-